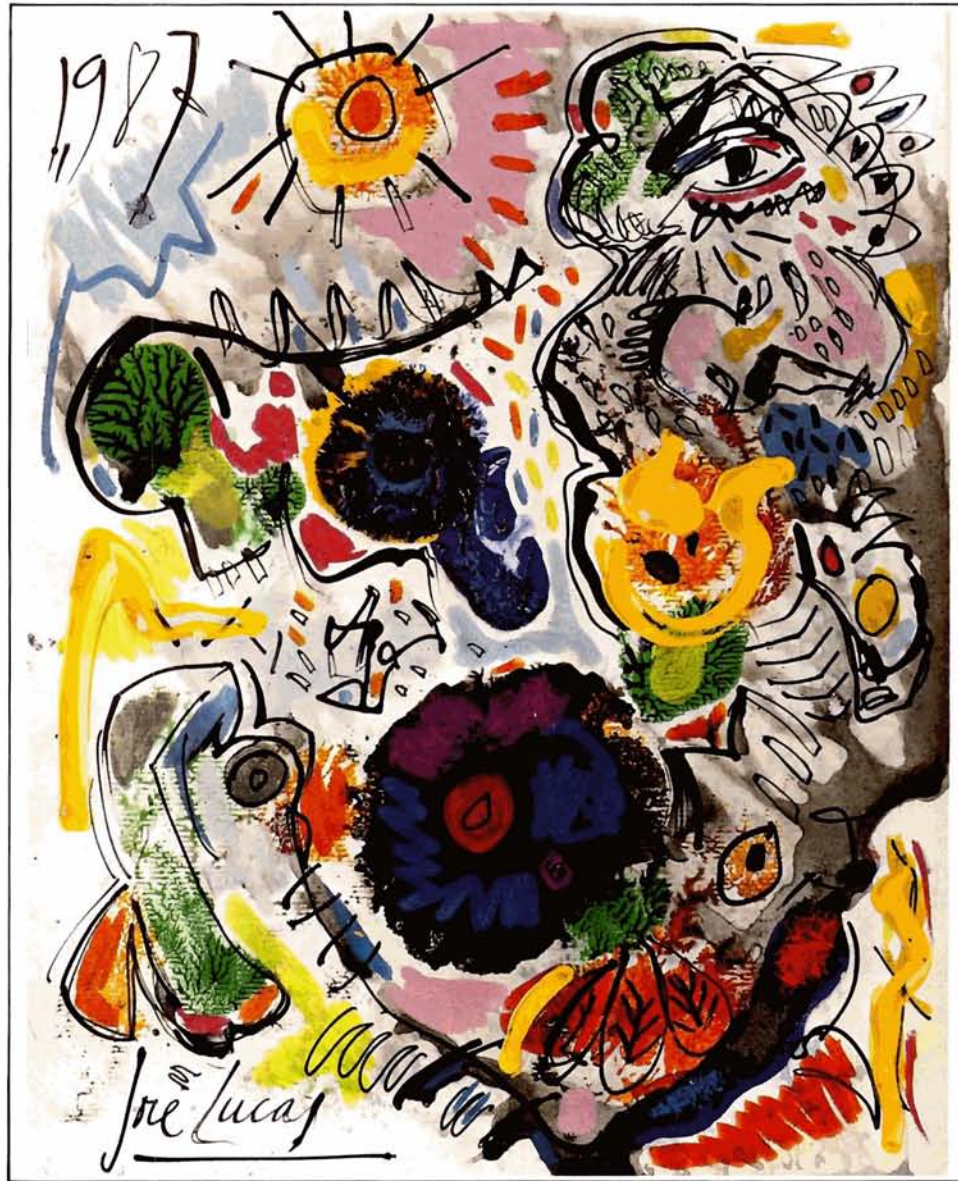


# A P U N T E



Lo que hay de inaccesible  
en el falso equilibrio de las grullas,  
es su meditación a cielo abierto,  
su vocación de cisne  
o perfil curvilíneo  
tan prematuramente concretado,  
unidimensional y albo de siempre.

Lo que hay de más patético  
en la omnipresencia  
de todos los amantes destronados,  
es la resignación con que contemplan  
su corona en el fango.  
Helos ahí ignorando el frío de sus almas  
cuando el dolor propicio  
cauteriza los últimos vestigios de ternura.

Lo que hay de más solemne  
y atroz en la postura fetal de los discóbolos,  
es la virtual querencia del atleta  
a regresar al vientre de la madre.  
No hay salida.  
Si acaso, en los albores  
de alguna primavera, los vencejos

nos niegan su retorno a los aleros  
será signo inequívoco  
de que ha entrado en auge la entropía.

Lo que hay de más temible  
en las intemperancias de los dioses,  
es que tienen mal vino.  
De pronto, se levantan  
desmelenados, turbio el triángulo  
sobre la sien, caído,  
nos salen al encuentro y nos espetan:  
Poned la otra mejilla.  
Y es sabido  
que si un día les diera  
por toser y volar sobre Hiroshima,  
o por descifrar signos cabalísticos,  
podrían hacer del mundo  
—nuestro mar, nuestra tierra, el universo—  
un páramo baldío.

Andrés Salom